

BOLETIN SALESIANO

Quien recibiere á un niño en mi nombre, á mi me recibe.

(MATH. XVIII.)

Os recomiendo la niñez y la juventud; cultivad con grande esmero su educación cristiana; y proporcionadle libros que le enseñen á huir del vicio y á practicar la virtud.

(PIO IX.)

Redoblad vuestras fuerzas á fin de apartar á la niñez y juventud de la corrupción é incredulidad y preparar así una nueva generación.

(LEON XIII.)



Debemos ayudar á nuestros hermanos á fin de cooperar á la difusión de la verdad.

(III S. JUAN, 8.)

Atiende á la buena lectura, á la exhortación y á la enseñanza.

(I TIMOTH. IV, 13.)

Entre las cosas divinas, la más sublime, es la de cooperar con Dios á la salvación de las almas.

(S. DIONISIO.)

El amor al prójimo, es uno de los mayores y más excelentes dones que la divina bondad puede conceder á los hombres.

(El Doct. S. FRANC. de Sales)

—*—(DIRECCION en el Oratorio Salesiano — Calle de Cottolengo N. 32, TURIN (Italia))—*—

SUMARIO.

Los Salesianos en Rialp.

Santander. Oratorio de Don Bosco. Paseo infantil.

La excursión de los Salesianos.

Los Salesianos en Vigo.

AMÉRICA. Noticias de nuestras misiones. Expedición á Mendez y Gualaquiza.

Los Misioneros Salesianos de Gualaquiza.

Tierra del Fuego. La nueva misión de Nuestra Señora de la Candelaria.

Patagonia. La Institución Salesiana.

dencial es que en nuestro siglo de sensualismo y placer apareciera un apóstol que ante tanta molición pusiera como corona y remate de su obra y como regla innata la alegría vinculada entre los trabajos y penitencias. *Estad alegres, hijos míos*, decía Don Bosco á sus niños, y esta santa alegría es el patrimonio de su orden. El hombre de mundo que por pasatiempo siquiera asiste á sus fiestas no puede menos al fin y al cabo de imitar aquel personaje del drama *Domingo Savio* y en otros ó parecidos términos exclamar: « Ahora comprendo que hay otra felicidad que la que se desprende del fondo de una botella. »

Tengo, pues, para mi que la orden salesiana es la orden de la santa alegría. ¡Y cómo no, si hasta su primer obispo le ha prestado su música, Cagliero!

Así es que el hospitalario pueblo de Rialp hace suyas las fiestas del Colegio y se identifica con ellas, y al decirse fiestas del Colegio, se contesta por los vecinos: fiestas de Rialp. Bien por el pueblo de Rialp.

Hace pocos días hallándome con mi esposa en mi acostumbrado paseo, discurrió una caravana de chicuelos montados en sendos borricos, quienes por su gorro de uniforme y por lo que se me indicó, comprendí que eran alumnos del colegio que regresaban de los exámenes en el Instituto provincial. Les acompañaba Don Tomás, hoy diácono, quien ha sabido trocar sus honores y elevada

LOS SALESIANOS EN RIALP

En este momento regreso de Rialp, donde por la exquisita amabilidad del Sr. Director y Padres del Colegio Salesiano he asistido á las fiestas que allí se han verificado. Mis quehaceres no me permitieron asistir á los dos últimos días de la fiesta y lo sentí, pues, aparte de la majestad y esplendidez de dichas fiestas, quedé privado de respirar aquel dulce ambiente que Don Bosco imprimió en sus oratorios y asilos. En todas sus expansiones y esparcimientos van hermanadas por encanto la edificación y la alegría, y provi-

graduación militar por la humilde sotana del Salesiano. Y es de ver como encajan y cuan bien se hermanan en Don Tomás sus naturales rasgos y carácter militar con la profunda humildad que distingue á este discípulo de Don Bosco.

Uno de dichos alumnos llevaba tendido en la delantera de la albarda un robusto cachorro y recordé á mi esposa el *Gris* de Don Bosco. En Rialp no necesitan *Gris*, le dije, aquí no hay Valdenses ni judíos; es verdad que ha metido también por aquí su inmunda pata el liberalismo y allá se van ellos, pero el Colegio de Rialp no necesita *Gris* y esto matará á aquello y sobre el Colegio-Asilo de Rialp ha de relucir como en Valdocco con una aureola de luz la sagrada imagen de María Auxiliadora bendiciendo á todo el Pallás.

El verano último la casa-asilo de Rialp no existía, pero sí una casa-cobertizo de propiedad particular que nos recuerda el sotechado de Pinardi. Debido á la munificencia é inagotable caridad del preclaro hijo de este país Don Antonio Sempau, antiguo registrador de la propiedad de Gerona y Málaga, dicho edificio fué comprado para la orden salesiana y reedificado á expensas de tan insigne profesor. Hoy las abejas se acumulan, el edificio no basta, es preciso ensanchar y reedificar como un segundo Pinardi y que María Auxiliadora presida desde su cúpula esta extensa comarca, atrayendo sobre ella las bendiciones del Cielo. Llamo la atención no ya tan sólo de estos comarcanos sino de nuestros comprovincianos, pues felices los que se constituyen en instrumentos de María Auxiliadora.

En 1880, si mal no recuerdo, enardecido el fervor religioso de los hijos de Esterri de Aneu por una benéfica misión resolvieron colocar sobre una columna sentada en sitio preferente de la villa la imagen de bronce dorada del Sagrado Corazón de Jesús en estado de divisar y presidir á todo el valle de Aneu recientemente consagrado al mismo. La imagen había venido de Tolosa, los andamios estaban puestos para la colocación y el liberalismo manso con sus escándalos farisaicos atrajo de su parte la débil autoridad, no sin tener antes aprestada á mansalva alguna turba desaparrada y tabernaria para en su caso impedir aquel solemne acto y la sagrada imagen no pudo colocarse.

Pues bien: nuestro insigne paisano Don Antonio Sempau aparece de conformidad con la profecía de Anglesio instrumento para que el Oratorio de San Francisco de Sales llegara á extenderse en Rialp, y nuestro paisano hijo digno del Pallás, señaló el destino de su caridad para el pueblo de Rialp, atento sólo á que el Colegio-Asilo ejerciera su benéfica influencia y regenerara su querida comarca del Pallás, y, cosa rara, el pueblo de Rialp es sin disputa el pueblo

más céntrico de la población de la zona del Pallás. ¿Qué mucho, pues que quedara reservado á María Auxiliadora presidir el Pallás y atraer desde su altura las bendiciones del Cielo á esta predilecta comarca?

Así lo espera, Sr. Director, este su atento S. S. y amigo q. b. s. m.

El Corresponsal.

17 de Junio de 1894.

(*El Almogávar Leridano*).

ORATORIO DE DON BOSCO - SANTANDER

Un paseo infantil.

Grande y extraordinaria agitación y afluencia de gente hacia el embarcadero de los Corconeras se observaba en las primeras horas de la tarde del domingo 15 del corriente Julio. La gente impulsada por vivo deseo y gran curiosidad, acudía á presenciar un espectáculo acá nunca visto y en extremo consolador.

Los niños que se educan en el Oratorio de Don Bosco, en correcta formación y precedidos de su banda, pasaban al inmediato pueblo del Astillero, donde la Sra. D.^a Luisa Cuesta de Huidobro les tenía preparada una suculenta merienda.

« Servid al Señor con alegría, » solía repetir con frecuencia Don Bosco á sus hijos, conforme á las palabras del Salmista, y « Servid al Señor con alegría, » repiten éstos incesantemente á sus niños que saben muy bien aprovecharse de semejantes lecciones.

Los niños antes de embarcarse se dirigieron á la Catedral donde N. Señor estaba de manifiesto, y daba gusto ver la compostura y devoción con que rezaban.

Llegados al muelle de los Corconeras y mientras se embarcaban, la banda ejecutó con gran acierto varias piezas de su repertorio ante un público numerosísimo que admirado y complacido la escuchaba. Admirado, sí, porque esos niños que forman la banda salesiana apenas si hace un año empezaron á dar los primeros pasos en tan noble arte. Ya todos embarcados, al romper el Corconera su majestuosa marcha entre los aplausos del público, la banda ejecutó un airoso paso doble cuyos ecos se fueron poco á poco perdiendo entre las brisas del mar.

En el Astillero esperaban á la alegre comitiva entre otras personas el Sr. D. Gabriel Huidobro y el digno Sr. Maestro con todos los niños que acuden á su escuela; los que, apenas divisaron el Corconera agitaron sus pañuelos saludando á los que les visitaban, y la banda volvió de nuevo á dejar oír sus melodías.

Nada hay que decir de la merienda que fué digna de la persona que la daba, y de la que los niños quedaron en extremo satisfechos, especialmente por haber sido servidos con exquisita amabilidad por los mismos señores que los habían invitado y sus familias. ¡Qué bello contraste, que sólo tiene lugar donde impera la caridad cristiana que todo lo armoniza! Señores no acostumbrados sino á ser servidos, no creen rebajarse repartiendo por sí mismos para hacerlo más sabroso, el pan que llevan á la boca del pueblo menesteroso. Estos niños cuando lleguen á ser hombres no olvidarán tan sublime espectáculo y rechazarán indignados, como calumniosas y absurdas, las ideas socialistas que hombres ambiciosos y perversos tratan de inculcarles. Si todos los ricos comprendieran esto, no tardarían en dar satisfacción cumplida á los ardientes deseos de nuestro Santísimo Padre el Papa, uniéndose á las clases menesterosas bajo el amparo de la caridad cristiana, remedio único y seguro para combatir con fruto al monstruo del socialismo.

Terminada la merienda, los niños se dirigieron al Ayuntamiento ante cuyo edificio, por espacio de hora y media, la banda ejecutó con gran afinación las mejores piezas de su repertorio, recibiendo los más entusiastas plácemes del numeroso público que se reunió atraído por la música.

La despedida fué preciosa: en el momento de ponerse en marcha el Corconera, todos los niños agitando sus pañuelos, batiendo palmas y con atronaderez vivas se despedían de sus bienhechores que estaban allí presentes y que conmovidos con tan enternecedor espectáculo les devolvían sus saludos con los pañuelos hasta perderlos de vista. ¿Cómo pintar la animación y el entusiasmo que se mostraba en todos á la vuelta? Las alabanzas á la Sma. Virgen, los cantos populares, los vivas á Don Bosco, á los bienhechores y á los Salesianos se sucedían sin interrupción y se repitieron con mucho más entusiasmo al acercarse al desembarcadero, ante los cientos de personas que allí estaban. Precedidos de la banda en regular formación atravesaron el muelle por entre las apiñadas gentes que en aquella hora tomaban el fresco. Llegados á la Plaza Vieja hicieron alto y mientras alegres y satisfechos se retiraban á sus casas deseosos de depositar en el seno de sus familias las muchas y santas emociones experimentadas en aquella deliciosa tarde, la banda ante el Ayuntamiento dejaba oír sus harmónicos acentos, continuando después su interrumpida marcha hacia el Oratorio de Don Bosco.

Bendiga Dios á la noble y piadosa Señora que tan bien sabe emplear sus riquezas y á los benditos hijos de Don Bosco que tan regeneradora obra ejercen en nuestro pueblo. Llamamos la atención hacia esta institución

que sólo se sostiene con la caridad y que tanto contribuye á la regeneración del obrero, fin para que N. Señor la ha establecido en su Iglesia, en estos últimos tiempos.

T. F. M^a P.

Santander, Julio 17 de 1894.

La excursión de los Salesianos

La Atalaya, diario de Santander, dico á este respecto lo que sigue:

Los niños que reciben educación en el Colegio de los Padres Salesianos pasaron ayer agradabilísimamente la tarde en el pueblo del Astillero.

Trasladáronse todos allí con sus profesores y su lucida banda en uno de los Corconeras que se había fletado con este objeto, visitando antes al Santísimo en la Catedral; y allí los recibieron alegremente muchas personas, el señor maestro de la escuela entre ellas, con todos los muchachos que en la misma se instruyen. Jugaron mucho con el buen orden á que sus celosísimos profesores los tienen acostumbrados, con la santa alegría que la prodigiosa caridad de los sacerdotes de Don Bosco sabe inspirarles, y fueron durante varias horas admiración de distinguidas familias que en el Astillero veranean; porque, á la verdad, el Instituto Salesiano está produciendo incalculables beneficios á la clase jornalera de Santander, y el buen comportamiento y crianza de los chicos que se educan en « los Salesianos » lo prueba por modo concluyente y es digno de sinceros elogios y de la gratitud de todas las personas honradas.

Los niños pasaron gran parte de la tarde en una posesión que galantemente se les abrió para su recreo, y allí fueron obsequiados con abundante merienda por una caritativa dama cuyo nombre, á pesar nuestro, callaremos por orden suya.

Luego visitaron la iglesia, y ya de noche volvieron á Santander, complacidos del agasajo, contentísimos de la excursión, en el mismo vapor de la Corconera que los condujo al Astillero.

Próximamente á las nueve de la noche llegó al muelle de los Corconeras el que conducía á la alegre turba infantil. Muchas madres esperaban á los pequeñuelos, y buen golpe de gente se acercó á presenciar el desembarco, atraída por los acordes de la música que resonaba en el mar.

Dando vivas y rebosando satisfacción formaron correctamente los niños, y con su lucida banda al frente, se dirigieron á la Plaza Vieja, donde se disolvieron.

Si la caridad fuera la norma de todos los católicos, si el contemplar ú oír lástimas no produjera en muchos corazones endurecidos lamentaciones estériles, si se consideraran despacio los prodigios que en tantos rapaces abandonados obran la enseñanza, los desvelos y las virtudes de instituciones tan santas como las debidas al gran Don Bosco, la moralidad de Santander subiría sin duda alguna muchos grados y en poco tiempo pudiera llegar á ser nuestro pueblo uno de los más cultos de España.

Objetar á reflexiones de esta clase que el que las presenta se halla movido por intereses miserables, y no por la gloria de Dios y bien del pueblo, revela una ignorancia muy triste y, lo que es peor, un alma pervertida que cierra los ojos á la luz de la razón, que se gafa por las pasiones, un alma dominada por el orgullo, incapaz no ya de alentar sino aun de comprender género alguno de sentimientos levantados.

E. DE H.

LOS SALESIANOS EN VIGO

Tomamos de un diario español:

No fueron hasta la fecha pequeñas, en verdad, las dificultades con que ha habido que luchar; pero la constancia y celo de nuestro respetable amigo D. Leopoldo Gómez pudo irlos venciendo y hoy tenemos la satisfacción inmensa de anunciar á nuestros lectores que quizás antes de concluirse el verano, tendremos entre nosotros á los individuos del Instituto Salesiano, salvaguardia de la sociedad en los tiempos difíciles que atravesamos.

Desde ayer, en efecto, se cuenta con un terreno mayor del que se disponía, que eran 3430 metros cuadrados, que con la adquisición de 1698 más, forman un total de 5128 metros cuadrados, en la calle de Ronda.

El sitio no puede ser más á propósito, pues reúne á las condiciones de salubridad, el ser céntrico y en una parte de la población llamada á desarrollarse mucho.

La falta de espacio no nos permite decir hoy más sobre el particular. Lo haremos, Dios mediante, pronto y con más extensión. Hoy tócanos ya sólo hacer votos porque se realice pronto lo que tanto provecho habrá de reportar á Vigo.

AMÉRICA

EXPEDICIÓN Á MENDEZ Y GUALAQUIZA.

(Continuación).

Ignorancia y superstición.

Religión y moral.

No me detengo en describir los usos y costumbres de estos salvajes, porque ya son suficientemente conocidos por las publicaciones que han hecho los Misioneros de Macas y del Napo. Sólo diré que los jívaros de Gualaquiza conservan, aunque confusamente, ideas de nuestra santa religión, que mezclan con sus ceremonias paganas. Una tarde nos vino á visitar un viejo jívaro llamado *Chacaima*: quería volver esa misma tarde á su casa, mas no se lo permitió el mal tiempo y se determinó á pasar la noche con nosotros, en el mismo cuarto. Pero antes de acostarse, salió afuera y desde el corredor de la casa, empezó á soplar fuertemente y á murmurar entre dientes no sé que palabras.

El P. Joaquín, que lo estaba observando, le preguntó qué significaban aquellos soplos y aquellas voces. Contestó: *Chacaima soplando, lejos mandando muerte é iguanchi* (demonio); *rezando Taita Dios, por que muerte é iguanchi lejos mandando*.

Otro día vino á visitarnos un brujo de Méndez, el cual, por la misma causa del mal tiempo, tuvo que quedarse con nosotros. También él, antes de acostarse, cumplió con las mismas ceremonias: *soplos y rezo* y bastante largos.

Ambos me aseguraron que « *buenos jívaros, todos, antes durmiendo, rezando*. »

Esperamos que la buena semilla echada en el corazón de esos pobres salvajes por los Misioneros que nos precedieron volverá á nacer y á dar los apetecidos frutos.

Excursión al Zamora.

Antes de regresar á Cuenca, quise hacer una excursión hasta la confluencia del Bomboiza con el Zamora. Me acompañaron los Sres. Guillermo Vega, M. J. Avila, N. Moscoso y un Valencia, cauchero colombiano. Los canoeros eran dos jívaros, padre é hijo. Marchamos á caballo por una hora, y después á pie hasta la orilla del río Bomboiza, donde nos esperaban los dos jívaros con una embarcación demasiado pequeña para contener siete personas. Confiamos nuestras vidas á la valentía de los jívaros y nos encomendamos á nuestros Santos Protectores. Se navegó con felicidad por algunos kilómetros, aunque de vez en cuando, debíamos acercarnos á la orilla y marchar á pie, para no exponernos á ser envueltos por terribles co-

rentadas. Llegamos á un punto donde el río se bifurca, dejando en su centro una isleta formada de guijarros y peñascos. Aquí hallamos un verdadero peligro: las aguas se precipitan embravecidas, golpeando contra las peñas de la isla y se arrojan, después, espumosas y bramadoras, al uno y otro lado de la isla, formando así dos terribles canales, por uno de los que era forzoso pasara nuestra endeble canoa. Nos horrorizamos ante esa expectativa, pero no había más remedio: debíamos aventurarnos en aquellas olas! Los jívaros están alerta y dirigen la proa al canal que parece menos alborotado; pero ¡desgracia! la corriente y las olas son tan fuertes, que no permiten el gobierno de la canoa y en un abrir y cerrar de ojos nos vemos estrellados contra los peñascos de la isla. El golpe fué recio, espantoso, y no comprendo cómo no se haya despedazado esa pequeña embarcación; se abrió sí una larga hendidura en el fondo, por la cual comenzaba á entrar el agua; pero los jívaros no desmayaron un punto. Visto el peligro, saltaron al agua, sacaron de entre las peñas la canoa y, empujándola con fuerza, la echaron en las furiosas olas del canal: mientras es arrebatada como una hoja, los dos salvajes de un salto se echaron á la barquilla, empuñan los remos y nos salvan.

Pero confieso francamente que se quita la gana de navegar por esas peligrosas aguas del Bomboiza. Ansiaba el momento de poder tocar tierra firme y creo que este era el vehemente deseo de todos. Llegamos á un punto donde es imposible poder navegar; el río baja demasiado rápido y ninguna embarcación puede echarse en esas espantosas olas. Bajamos, pues, á tierra y nos pusimos en marcha á pie; pero ¡qué camino! Arboles, matas, bejucos, enredaderas que se cruzan en todas direcciones.... Es un mar de vegetación prodigiosa que apenas nos dejaba ver una pequeña seña de sendero fangoso! Sin embargo, siguiendo con gran fatiga por aquel camino, costeano siempre el río, llegamos relativamente pronto al lugar designado. Aquí encontramos una vieja canoa, dejada para el servicio público: sirve á los salvajes para esguazar el río y pasar al camino del Pongo. Con un pañuelo tapamos la hendidura más grande de las muchas que lastimosamente nos presentaba dicha canoa, la echamos al agua y nos dirigimos á la confluencia del Bomboiza con el Zamora, adonde llegamos bien. Como manifesté más arriba á V. R., el Bomboiza, á poca distancia de su boca, se tuerce repentinamente hacia el E. y desagüa en el Zamora. Las aguas de ambos ríos se mezclan sin violencia; parece que se abrazan con cariño, paseándose, después, como buenas hermanas en un hermoso remolino de unos 30 metros de circuito, al cual se puede entrar sin peligro, y la canoa es llevada suavemente alrededor por

las aguas. Pero nosotros no teníamos ni tiempo ni gana de divertirnos: empezaba á anochecer, y nos apresuramos á pasar á la otra orilla, en donde nuestro guía había encendido un gran fuego y cocinado algunos pedacitos de yuca, único alimento que habían traído los jívaros. Nosotros contábamos con la cacería, pero con gran maravilla y disgusto, no hallamos cómo disparar un sólo tiro con provecho. El Sr. Vega conservaba todavía una cajita de sardinas, con las cuales y con la poca yuca, pudimos acallar los más fuertes estímulos del hambre. Rezamos todos juntos las oraciones de la noche y nos echamos á dormir sobre las húmedas arenas de la playa. Por ser avanzada la hora no se pudo construir el rancho, y tuvimos que dormir debajo de un árbol: pedíamos en nuestro corazón á Dios que nos librara de toda desgracia, principalmente de las torrenciales lluvias que, á más de empaparnos en agua, nos habrían confinado en aquella horrorosa floresta sin alimento para sustentarnos. Hemos sido escuchados: pasamos la noche sin fuertes lluvias y sin inconvenientes. Al rayar el alba, nos pusimos nuevamente en marcha: yo estaba extenuado más por el hambre que por el cansancio: sin embargo, seguimos adelante hasta las once y media del día, pasando por senderos horribles. Finalmente entre el ramaje columbramos una habitación humana: era la casa de un buen jívaro, que nos dió generosa hospitalidad y nos hartó abundantemente el hambre y la sed. ¡Que Dios Nuestro Señor le recompense, dándole el pan del alma! llamándole á la fe en Jesucristo, verdadero Pan de vida eterna.

El objeto de mi excursión al Zamora era conocer si más abajo de la confluencia era navegable: pero me persuadí de lo contrario. Inmediatamente después de su unión con el Bomboiza, forma una vertiginosa correntada, cuyas aguas descienden bramando entre los escollos de las orillas: el jívaro que nos acompañaba nos decía que más abajo el río espantoso, pasa por entre rígidos peñascos alzados á uno y otro lado, formando hermosas cascadas y orribles remolinos. Dicho jívaro me aseguró que, desde la unión del Bomboiza con el Zamora, hasta la confluencia de éste con el Paute, no hay más que dos días, *despacio andando*, como él decía. En mi próxima excursión á estas regiones espero adelantarme hasta el Santiago, y levantar el mapa de todos esos desconocidos parages.

En este viaje he notado otra cosa importante para la Geografía. El mapa del Doctor Wolff, en las regiones cercanas á la confluencia del Bomboiza (ó Gualaquiza, como ahí está escrito) con el Zamora, marca *llanura*; y sin embargo, están cubiertas de montañas, y bastante elevadas. Los picachos que se levantan en el punto de la unión de dichos ríos alcanzan la altura de más de 1200 metros sobre el nivel de las aguas co-

rrientes, las cuales se hallan á una altura absoluta de 600 metros; de modo que esas montañas, que los habitantes de Gualaquiza llaman *montañas del Zamora*, tienen una elevación media de 1800 metros sobre el nivel del mar. Pero más al N. se observan cimas mucho más altas de las que yo medí. Estas cordilleras toman el nombre del *Zamora*, porque, por lo que yo he pedido observar, siguen la orilla derecha del río hasta su confluencia con el Bomboiza, donde los dos ríos unidos las rajan transversalmente. Aquí forman una profunda y estrecha garganta, semejante á la que forma el Gualaceo al E. del pueblo del mismo nombre, en la cordillera oriental, con la diferencia de que los montes de la garganta del Gualaceo son pelados, al paso que las rapidísimas pendientes del Zamora están todas cubiertas de tupidos bosques y solamente en algunos puntos asoman pocas crestas de negros peñascos. La cordillera del Zamora continúa después, con la dirección empezada de S. á N.: no parece que termine en el Paute; creo que forma un semicírculo y se une á las montañas arriba mencionadas, que siguen la orilla izquierda del Bomboiza.

Sin embargo la constitución granítica de la cordillera del Zamora es un poco diferente de la de las montañas situadas en la orilla izquierda del río Blanco y respectivamente del Bomboiza. Las montañas del Gualaquiza tienen la misma conformación de la sierra de Matanga; están formados por exquisito cristal; se observan *capas micáceas* de colores brillantes; pero las venas de *cuarczo* no son tan frecuentes como en las de Matanga.

La cordillera del Zamora está compuesta de *gneis* (hablo de los lugares por mí observados). Las montañas que separan el Gualaquiza del Copiambiza, son de anfibolito (hornblenda), como lo observé en una parte bien despejada, cerca del Bomboiza. En las orillas de este río encontré algunos pedacitos de *carbón de piedra* poco inferior en la calidad al de *Chuquipata*, cuya mina se ha descubierto recientemente: es claro que en alguna localidad de la hoya del río ha de haber depósitos de este importante combustible.

Vuelta á Gualaquiza.

Pero ya era tiempo de volver á Gualaquiza. Dimos, pues, un *adiós* á esos lugares con la *promesa* de volver á verlos pronto. Llegamos felizmente al pueblo y el día 12, saludados cariñosamente por los cristianos y por los jívaros, tomamos de nuevo el camino del Sigüig. Tres jívaros, movidos del deseo de ver la ciudad de Cuenca y de recibir los regalos que les prometimos, quisieron acompañarnos en el viaje. Nos entretuvimos dos días en la hacienda del Sr. Quintanilla, en

Ouchipamba, para facilitar tanto á los pobladores del lugar como á los de San José y Aguacate, la recepción de los santos sacramentos. En efecto vinieron todos los de San José y cumplieron, con mucha satisfacción de sus almas, aquellas prácticas de la Religión, y nos instaban y nos suplicaban volviéramos pronto. Nos prometieron que mandarían á sus hijos á nuestros talleres de Gualaquiza, apenas estuvieran en aptitud de recibir alumnos, y nos mostraron un hermoso terreno, en posición verdaderamente poética, sobre el cual quieren fabricar la Capilla, donde el Misionero podrá celebrar la santa Misa siquiera los domingos. Una vez establecida la misión, San José duplicará su población, porque son muchas las personas que tienen aquí sus haciendas, quienes las dejaron casi abandonadas por falta de asistencia religiosa.

Volvimos á Granadillas y pasamos la noche en una choza tan pequeña, que apenas tenía un miserable cuartito, el cual sirve de cocina y de dormitorio.... tanto á los habitantes racionales como á las consabidas familias de conejos, cerdos, perros, etc. El día siguiente, domingo, que celebró el Padre Joaquín, nos pusimos en marcha por la subida de Matanga. Esta cuesta estropea demasiado á las pobres bestias, las que llegaron rendidas de cansancio al *pajón* de Matanga. Aquí los pobres jívaros estaban tirando de frío, de tal modo que temí por su existencia. El tiempo era pésimo; la niebla, la lluvia y el viento frío, los dejaban sin aliento. Les proporcionamos cubiertas, ponchos, mi sobretodo, etc., pero con todo no podían calentarse. Apenas llegamos al Sigüig, les compré una camisa y un saco para cada uno, con lo cual quedaron más abrigados y más contentos. Pasaron la noche en el Sigüig bastante bien y por la mañana, acompañados por un individuo de aquellos países, nos precedieron en el camino de Cuenca. Nosotros llegamos á esta ciudad al anoecer, y fué grande nuestra sorpresa al no encontrar en nuestros Talleres á aquellos salvajes. En la tarde de ese día se había desencadenado un furioso temporal y V. R. puede fácilmente imaginarse qué pena experimentaríamos en tan peligrosa emergencia.

Al rayar el día me puse pronto en camino para saber de ellos y en un pueblecito de los alrededores de Cuenca se me dijo que habían pasado á la ciudad. Volví inmediatamente á casa y los encontré que estaban tomando alimento. El más viejo de los jívaros me dijo luego con cólera: *Cristianos muy tontos siendo: no queriendo dar comida, cama, nada: nos durmiendo afuera: muy frío siendo.* ¡Pobrecito! Debió notar que no estaba entre sus jívaros, los cuales son en verdad muy hospitalarios: á quienquiera y de cualquiera parte que venga ellos le proporcionan comida, lugar de descanso y cuanto

está á su alcance. Si el huésped es su enemigo, lo tratan de igual modo; aunque esto no quita que después lo esperen en acecho, afuera de la casa y de un lanzaso en las espaldas, lo dejen tendido en el suelo, frío cadáver.

Usamos todos los medios posibles para quitarles la cólera y las malas impresiones, atendiéndoles con cuidado y haciéndoles regalitos: lo que conseguimos fácilmente. Fué una novedad en Cuenca la llegada de los jívaros de Gualaquiza, tan justamente temidos. Ellos quedaron en la ciudad cuatro días y volvieron después á sus florestas, cargados de regalos. El P. Joaquín los acompañó hasta el Sigsig, en donde los encomendó al dueño del Tambo de Granadillas, que á la sazón se hallaba en el lugar y estaba para marcharse al pueblecito. Supimos después que los jívaros habían llegado sin novedad á Gualaquiza.

Antes de acabar consignaré aquí algunas observaciones que me parece no carezcan de importancia.

GUALAQUIZA.

POSICIÓN ASTRONÓMICA.

Longitud oriental del meridiano

de Cuenca 1° 8'

Latitud meridional 3° 50'

Altura absoluta sobre el nivel

del mar 730 metros

Temperatura media 22° 5 c.

Observaciones (*).

Octubre de 1893.

Fecha	BAROMETRO			TEMPERATURA centigrada	
	8 a.	3 p. m.	8 p. m.	Mínima	Máxima
19	mm. 69.6	mm. 69.4	mm. 69.6	18.7	25.0
20	» 69.8	» 69.5	» 69.6	18.2	21.8
21	» 69.7	» 69.4	» 69.5	18.0	26.2
22	» 69.7	» 69.1	» 69.2	17.0	28.9
23	» 69.5	» 69.1	» 69.3	18.1	30.1
24	» 69.5	» 69.1	» 68.9	19.0	30.2
25	» 69.2	» 68.9	» 69.0	19.0	30.3
26	» 69.3	» 69.2	» 68.9	19.0	28.8
27	» 69.3	» 69.3	» 69.5	19.0	22.0
28	» 69.6	» 69.6	» 69.5	18.0	24.8
29	» 69.5	» 69.5	» 69.4	18.0	26.0
30	» 69.5	» 69.4	» 69.5	18.5	26.5
31	» 69.5	» 69.3	» 69.5	18.5	26.0

(*) Se hicieron en la hacienda del Sr. D. Guillermo Vega.

Noviembre de 1893.

Fecha	BAROMETRO			TEMPERATURA centigrada	
	8 a.	3 p. m.	8 p. m.	Mínima	Máxima
1	mm. 69.6	mm. 69.4	mm. 69.4	19.0	25.8
2	» 69.5	» 69.2	» 69.2	19.0	30.5
3	» 69.3	» 69.2	» 69.4	18.5	28.0
4	» 69.3	» 69.2	» 69.4	18.4	26.1
5	» 68.9	» 68.7	» 69.2	18.0	28.0
6	» 69.4	» 69.3	» 69.2	20.0	30.1
7	» 69.4	» 68.9	» 69.0	17.8	28.0

Como se ve, la temperatura de Gualaquiza no puede ser más suave y deliciosa. Tratándose de una simple excursión, no llevé conmigo pluviómetro; pero puedo asegurar que hemos tenido lluvia, en mucha ó poca cantidad, todos los días. Me dicen que durante el mismo *verano* (octubre, noviembre y diciembre) son bien pocos los días en que no llueva. Esta grande abundancia de agua, unida á un clima relativamente caliente da una fertilidad asombrosa al terreno. No hay más que remover un poco la tierra y echar en su seno la semilla, para que restituya centuplicados los frutos; pero ¿quién siembra? ¿quién se digna recoger las riquezas vegetales que con tanta abundancia les provee la pródiga naturaleza? Pero ya sé que V. R. tiene intención de mirar por el porvenir de estas abandonadas regiones y por tanto me abstengo de hablar sobre este asunto.

Acepte, mi R. Padre, mil respetuosos saludos de su afmo. hijo en J. O.

JACINTO PANCHIERI.

LOS MISIONEROS SALESIANOS de Gualaquiza

Una conmovedora función tuvo lugar la noche del 4 del presente en los Talleres Salesianos de esta Capital.

Más de 260 personas, entre alumnos y convidados, reunidos en un extenso salón, esperaban á los Salesianos R. P. Francisco Mattana y D. Jacinto Panchieri, para darles el saludo de despedida. Al aparecer de los Misioneros, fragorosos aplausos estallan de todas partes y la banda del Establecimiento llena el aire de armoniosas notas. Pero, esos aplausos y esos sonidos que parecían mani-

festaciones de alegría, no eran más que las expresiones de corazones amantes sí, pero acongojados: debían separarse esos pobres niños, y tal vez para siempre, de las amadas personas que habían sido por tanto tiempo sus maestros, sus guías, sus amigos; esa idea empezó á llenar de lágrimas los ojos de todos.

Sencillos pero sumamente tiernos fueron los discursitos que los alumnos dirigieron á los Misioneros, manifestándoles su amor, su gratitud y el sufrimiento que experimentaban en aquel solemne instante.

En un coro de ocasión, cantado por algunos niños, se daba el último *adiós* á los Misioneros, y esas notas tristes arrancaron nuevas lágrimas á los circunstantes.

El R. P. Francisco, con afectuosas palabras, agradeció á todos por las manifestaciones con que habían distinguido á los Misioneros; dió á todos oportunos recuerdos, animándolos á la práctica de la virtud, al trabajo y al mútuo buen ejemplo.

Llegó el momento de la separación y todos se dirigieron á la Capilla.

Los Misioneros se colocaron en el presbiterio, y tomó la palabra el R. P. Luis Caccagno. Profundamente conmovido el R. P. Superior, dijo, entre otras, estas palabras: « Id, hermanos míos, á llevar la luz del Evangelio á aquellos pueblos que todavía viven en las sombras de la muerte. Deberéis padecer, es verdad; encontraréis peligros y tal vez os espera la muerte en aquellas salvajes regiones: pero no temáis; aquel Dios que os envía, recogerá vuestro sudor; Él os alentará; vuestros padecimientos, vuestros sudores derramados en aquellas vírgenes selvas, serán el alivio de muchas almas; serán el principio de la conversión de aquellos salvajes y la buena semilla de futuros cristianos. »

Se rezaron después las oraciones del ritual y en seguida, allí mismo, delante del altar, todos los Salesianos dieron el abrazo de despedida á los Misioneros en medio de la conmoción general.

Todos los alumnos pasaron á despedirse, besando y bañando en lágrimas aquellas manos que les prodigaron por largos años tantos favores y paternales cuidados.

Los Misioneros salieron de Quito en la madrugada del 5 del presente, con dirección á Cuenca. De allá, en unión del R. P. Joaquín Spinelli y D. Abelardo Jurado, saldrán á la mayor brevedad para Gualaquiza, en donde se establecerán definitivamente.

Por la relación que nos han hecho los Misioneros Salesianos en sus dos excursiones preparatorias, sabemos que en Gualaquiza no hay ni iglesia, ni casa-habitación que pueda merecer tal nombre.

Deberán, pues, empezar á construir desde los cimientos la iglesia, porque la que había levantado el R. P. Pozzi, está completamente destruida. Deberá construirse el edificio para la Escuela de Oficios, porque la actual habitación de los Misioneros se reduce á una pobre casita con pequeños cuartos, faltos de las cosas más indispensables.

Y sin embargo, los Salesianos quieren fundar en aquellas apartadas regiones una Escuela de primera enseñanza y Talleres en donde puedan aprender á ganarse honradamente el pan de la vida los hijos de los cristianos como de los salvajes.

A tal efecto los Misioneros llevan consigo todas las herramientas y útiles indispensables para la instalación, por ahora, de los Talleres de Herrería y Carpintería.

Mas tarde se abrirán otros y otros excoigiendo siempre los que mejor correspondan á las necesidades de aquellas poblaciones. De mucho interés será también, principalmente para el progreso de la agricultura y para la ciencia, el Observatorio Meteorológico en *ciernes* que se va á fundar en Gualaquiza por los mismos Misioneros. Decimos en *ciernes*, porque hasta ahora no cuenta más que con un *pluviómetro*, un *barómetro*, varios *termómetros* y algún otro pequeño aparato.

Sin embargo confiamos en que, antes que se concluya el edificio, tendrán los Misioneros todos los instrumentos necesarios para las observaciones de mayor importancia. Pero ¿de donde se sacará el dinero para tantas obras? Sabido es que las rentas de la Misión son bien escasas, pues, lo votado por el Congreso de 1890, adjudicando á los Misioneros del Oriente el ramo de la pólvora, alcanza apenas á un tercio de lo que puntualiza el presupuesto. Se han votado 6000 *sucres anuales* para la Misión de Gualaquiza, y en *tres años* se ha recibido apenas *Sucres 4244,79*.

Los gastos que se han hecho hasta la fecha para la Misión son ya superiores á esa cantidad, de modo que, humanamente hablando, la Misión debería perecer desde sus mismos principios. Pero no sucederá esto. Sabemos que el Sup^{mo} Gobierno ayudará en cuanto se lo permitan las actuales circunstancias. El Ex^{mo} Señor Presidente de la República y el Hble. Señor Ministro de Hacienda, Francisco Andrade Marín, que han sido siempre incansables propagadores de la civilización de nuestra región oriental, no omitirán esfuerzos para fomentar esas Misiones llamadas á civilizar la mejor porción de la Provincia del Azuay.

En Cuenca, en Sigüig, en todas las poblaciones de importancia sobre el camino de Gualaquiza, se ha despertado grande entusiasmo para la colonización de aquel territorio, y muchas familias de la sierra bajarán á ocupar aquellos terrenos prodigiosamente

fértiles, teniendo ahora la seguridad de ser atendidos en lo espiritual y en lo material, ellos y sus hijos. Es necesario, pues, que los nobles hijos del Azuay unan su óbolo particular al que proporcionará el Gobierno y se hagan efectivas las aspiraciones que todos tenemos de ver trocada pronto Gualaquiza en población rica y floreciente. Reciban los RR. Misioneros Salesianos nuestras sinceras felicitaciones por el santo entusiasmo con que emprenden esa nueva obra de cristiana civilización y cuenten siempre con el apoyo de todos los hombres de bien de nuestra Patria.

Puntarenas. Llegados estos, se volvió á hacer la prueba, y, después de indecibles esfuerzos y no pocas peripecias, á mediados de noviembre pudieron felizmente desembarcar en el lugar designado y allí principiar la implantación de la nueva Misión, la que esperamos habrá ya obtenido recoger algunos salvajes.

Estas noticias nos han sido comunicadas en la carta de D. Beauvoir, que abajo copiamos. Como las primeras tentativas de esta Misión fueron emprendidas á principios de febrero de 1893, en cuyo mes se celebra la fiesta de la Purificación de María SS., vulgarmente llamada de la Candelaria, dióse esta denominación á la nueva Misión Salesiana de la Isla grande en la Tierra del Fuego. Hé aquí la carta de D. Beauvoir:

TIERRA DEL FUEGO

La nueva Misión de Nuestra Señora de la Candelaria.

Nuestros lectores y Cooperadores recordarán el viaje hecho, á principios del pasado año 1893, por Don José Fagnano, Prefecto Apostólico de la Tierra del Fuego, á la Isla grande magallánica con el fin de buscar un sitio conveniente y central para establecer una nueva Misión, según el modelo de la existente en la Isla Dawson, á favor de los Onas, salvajes que habitan la última punta de América Meridional. En la última carta que el mismo D. Fagnano nos escribió y que nosotros oportunamente publicamos, nos anunciaba que en Puntarenas, la Casa principal de la Misión Salesiana de la Tierra del Fuego, se estaba preparando lo necesario para dar principio á la fundación de un pequeño pueblo sobre las riberas del Río Grande, entre el Cabo Sunday y el Cabo Peña. Á primeros de junio todo lo necesario estaba ya cargado en el vapor *Amadeo*, el que zarpaba de Puntarenas el 9 del mismo mes, llevando consigo á nuestros sacerdotes Don José Beauvoir, Don Juan Bernabé, los socios Bergese, Ferrando y Ronchi, los jóvenes Cesario Villalobos, Miguel Calafate, Roberto Aravena y otros cuatro obreros estipendiados.

La primera expedición no fué de éxito demasiado feliz, puesto que, llegados al Río Grande, estando enfurecidas continuamente las olas, no les fué posible entrar en él, ni echar las áncoras, sino que con un mar siempre borrascoso se vieron obligados á volver atrás hasta la Bahía S. Sebastián, donde debieron permanecer por más de cuatro largos meses esperando nuevos socorros de

VENERADÍSIMO SR. D. RUA,

Del Río Grande de la Tierra del Fuego,
14 de diciembre de 1893.

Deo gratias, Deiparaeque Virgini Mariae nostrae Auxiliatrici! Finalmente, después de innumerables sacrificios, después de casi siete largos meses pasados peor que los hebreos en el desierto, llegamos al sitio designado de nuestro muy amado Prefecto Apostólico D. José Fagnano para implantar la nueva Misión Salesiana de N. S. de la Candelaria.

Si quisiera describir en sus pormenores la larga serie de peripecias que sin interrupción se sucedieron en este largo tiempo, haciéndonos sufrir Dios sabe cuanto, no concluiría tan pronto. El infierno, previendo tal vez el inmenso bien que la nueva Misión habrá de hacer á las desgraciadas almas de estos pobres salvajes que van errando en estas islas fueguinas, empleó todos sus perversos recursos en contra nuestra, suscitando espantosas y tremendas tempestades é impetuosas, formidables é incesantes borrascas. Pero ¡bendito sea Dios! que siempre triunfa del enemigo infernal. La fuerza, el ánimo y la constancia que jamás perdimos en medio de tantas pruebas son ciertísimos indicios de su continua asistencia.

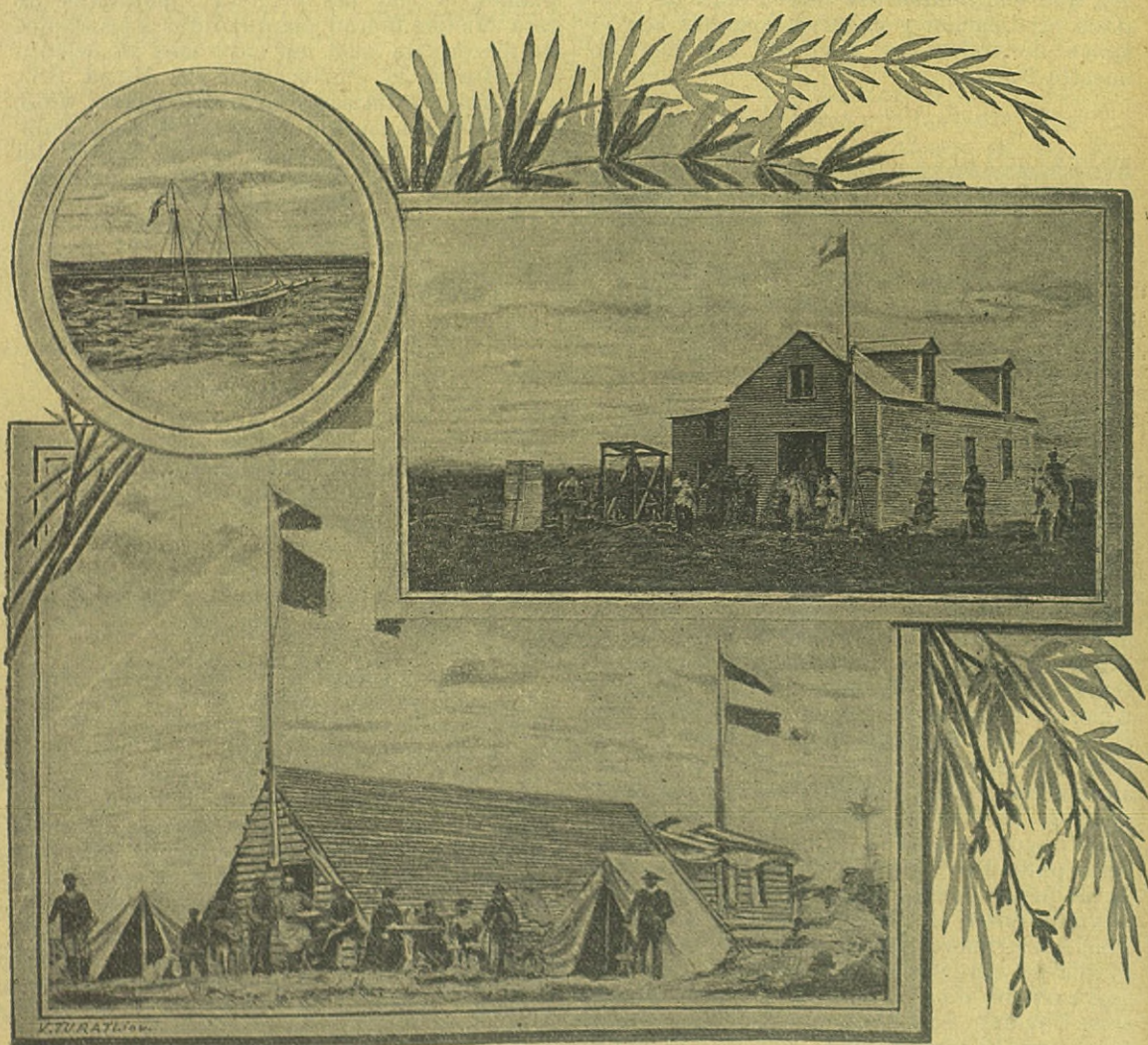
Primera tentativa fallida.

El día 9 de junio, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, el vapor *Amadeo* estaba cargado de ciento cincuenta toneladas de materiales para la nueva Misión, además de seis buenos caballos y de otros animales indispensables para las excursiones y el mantenimiento de la misma Misión. Entramos D. Bernabé y yo, con tres socios, tres jó-

venes y cuatro obreros asalariados y partimos á la vuelta del Cabo Peña.

Trasportados por un fuerte viento, en pocos días nos encontrábamos en la barra del Río Grande. Primeramente yo y después D. Bernabé descendimos á explorar la barra, el canal, la boca del río, el puerto Golondrina, pero no fué posible entrar con el vapor y echar ancla. El viento era tan violento y contrario y las aguas de tal modo

hacer nada, deber volver las espaldas á aquel sitio tan suspirado, del cual habíamos ideado tan bellos proyectos para el bien de los pobres salvajes; fué una prueba demasiado dolorosa para nuestro corazón. Entramos en la Bahía San Sebastián y desembarcamos junto al arroyuelo Gama, donde nos detuvimos esperando que nos viniera en auxilio otro barco. Con el vapor *Amadeo* que volvía á Puntarenas mandamos á Don



La goleta *María Auxiliadora* — Edificio de la nueva Misión de la Candelaria
Estación provicional en la Bahía S. Sebastián.

borrascosas, que faltó muy poco para que más de una vez fuéramos envueltos por las olas. Nos refugiamos en el *Amadeo*, el cual, después de mil maniobras, volvió la proa contra nuestra voluntad, y nos condujo atrás casi la mitad del camino ya andado.

Puede imaginarse, amadísimo Padre, nuestra desolación en aquel momento! Después de tantos gastos hechos por esta embarcación, deber volver atrás sin haber podido

Bernabé, para que refiriera cuanto nos había acontecido y solicitara el envío de algún recurso.

Estación provicional.

Entretanto para precavernos de la intemperie, allí sobre aquella esterilísima playa, á pocos metros de distancia del sitio donde llegan las altas mareas y á cerca de dos-

cientos de la laguna formada por el arroyuelo Gama con otros dos menores, fabricamos sobre la arena dos cabañuelas, una para nosotros y la otra para las bestias; junto á la primera construimos también una habitacioncita, que nos sirviese de depósito para las cosas más delicadas, é hiciera también las veces de capilla.

Toda esta construcción siendo de leño verdaderamente nos reparaba poco de los vientos, que casi continuamente soplaban con gran furia, y de la lluvia y de la nieve y de la menuda arena que levantada por el viento formaba nubes y era sacudida contra nuestra pobre cabaña. No obstante todo esto debimos tener paciencia y esperar cuatro largos meses, calculando las semanas y los días que necesitaba D. Bernabé para llegar á Puntarenas, hablar con D. Fagnano, preparar una nueva embarción y correr en nuestra ayuda. En este tiempo expedí también varias cartas á Puntarenas por medio de minadores que á aquí vienen y vuelven por tierra; pero no tuve contestación ni vimos venir á nuestro encuentro embarcación alguna. Entretanto los víveres escaseaban para nosotros y para las bestias, las cuales, además de disminuir por haber debido matar algunas para nuestro mantenimiento, enflaquecían de un modo visible. No teníamos perros para la caza del guanaco, las balas de carabina no nos servían más que para los pájaros, de los que tubimos la fortuna de cazar siempre muchos. En ocasiones se unían á nosotros los empleados de la Comisaría del Filared (Sociedad de exploradores), muchas veces llegaban minadores, tal vez nos hallabamos más de veinte, y con toda esta gente era necesario dividir familiarmente la comida preparada. Esto lo hacíamos de todo corazón y muy contentos: pero de otra parte no sabíamos cómo hubieramos podido ir adelante por mucho tiempo. Decidí por lo tanto ir yo mismo á Puntarenas por tierra. Era ya á fines de setiembre. Tomé prestado caballos del Encargado del Páramo, y con esos me trasladé á la hacienda de los Sres. Montes y Wales, cerca de la punta Anegada en el Estrecho de Magallanes, y pasado éste, en cuatro días llegué á Puntarenas.

Otra atrevida prueba llevada felizmente á cabo.

Aquí no hallé ningún barco que quisiera hacerse á la vela en una estación tan mala; por esto D. Bernabé no había podido traernos socorro alguno. Pero yo que sabía el estado mísero en que había dejado á nuestros pobres hermanos y obreros, no pude tranquilizarme. Por más que todos en Puntarenas quisieran disuadirme, tomé nuestra goleta *María Auxiliadora*, alquilé otra llamada *King-Fischer*, las cargué de víveres, tablas y caballos, y encomendándome á las oraciones

de los queridos hermanos y niños, *in nomine Domini* me puse en viaje el 27 de octubre.

A pesar de empeorar la estación y de los fuertes vientos que continuamente se desencadenaban en contra nuestra, nuestras dos pobres goletas, guiadas ciertamente de *María Santísima*, pudieron resistir varias borrascas, huir multitud de escollos y llegar felizmente á la Bahía San Sebastián, donde éramos esperados como ángeles salvadores. Allí nos unimos á nuestros hermanos y obreros, cargamos todo lo que nos fué posible y después seguimos á la vuelta del Río Grande. Queríamos absolutamente llevar á cabo la empresa que nos había confiado la obediencia.

Las dificultades, los obstáculos hallados todavía á la entrada del Río no fueron menores de los de la vez primera; pero finalmente con el auxilio de Dios y de *María Santísima* pudimos llegar y echar las anclas en el puerto de Golondrina. Esto tuvo lugar á la 7 de la mañana del 11 de noviembre, fiesta de San Martín y vigilia del Patrocinio de nuestra querida Madre *María*.

Al día siguiente, domingo y fiesta del Patrocinio de *María*, descansamos en el puerto de Golondrina, y yo pude por primera vez celebrar la misa en esta playa, que de hoy en adelante será el centro de nuestra Misión.

Al día siguiente, lunes, hice levar anclas y con una marea siempre creciente avanzamos con las dos goletas cerca de tres millas hasta llegar á algunas hendiduras, llamadas negras, donde me pareció sitio cómodo y bueno para echar áncoras. Así se hizo, y bajando después la marea, pudimos descender cómodamente y casi *sicco pede* descargar cuanto habíamos traído.

Instalación de la nueva Misión.

Di luego orden á los carpinteros de levantar una cabaña de metros 10,20 de largo por 4,50 ancho y 3,60 alto, con tres ventanas, una puerta al este y otra al oeste. Está dividida en dos pisos, bajo y superior; este sirve de dormitorio y de depósito de víveres, el inferior de capilla y laboratorio. Está situado en una bella posición, á unos cincuenta pasos del Río, en el puerto de *María Auxiliadora*, así llamado por haber sido nuestra goleta la primera que allí anclase felizmente. A cincuenta metros al nor-oeste hice también levantar otra cabaña que sirve de establo á las bestias, y delante un buen patio circundado.

Después de haber dado estas disposiciones, la goleta *King-Fischer* partió para la colonia de la Isla Dawson y la *María Auxiliadora* para la Bahía San Sebastián, donde fui también yo á caballo para deshacer las cabañas allí improvisadas y tomar el material que habíamos dejado.

Todo esto se hubiera podido llevar á cabo

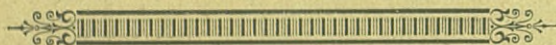
en poco más de una semana, si los vientos y las tempestades no hubieran obligado á nuestra pobre goleta á estar atada en la Bahía San Sebastián cerca de un mes, la que llegó por segunda vez á este puerto el día 22 del mes corriente.

Esto es, amadísimo Padre, cuanto se ha podido hacer en siete meses por esta nueva Misión. Aquí estamos rodeados de indios: de todas partes se levantan inmensos castillos de fuego tal vez para espantarnos. Poco distante de aquí hay como unas doce cabañas, pero sus habitantes á nuestra llegada se han alejado. Iremos nosotros ahora á buscarlos. Ruegue y haga rogar, venerado señor D. Rua, por nosotros y por estos pobres salvajes. Apenas logremos hacerles un poco de bien, informaré á V. R., para que quiera después unirse con nosotros á dar gracias al Dador de todo bien y á nuestra buena Madre María Auxiliadora.

Por ahora sírvase bendecirme y créame siempre en los SS. Corazones de Jesús y de María

Su dev.^{mo} y obl.^{mo} hijo

Sac. JOSÉ M. BEAUVOIR.



PATAGONIA

La institución salesiana.

De una carta dirigida desde Patagones, tomamos los siguientes párrafos, que demuestran claramente los beneficios realizados en esa parte de la provincia de Buenos Aires por la institución salesiana.

Teniendo en cuenta el sin número de ciudadanos útiles que continuamente salen de las aulas salesianas, al admirar su sistema de educación basado sobre la más estricta moralidad, al ver que la considerable masa de Indios, que antes vivían de la vagancia y del pillaje, hoy contribuyen con su grano de arena al progreso general en los diversos ramos de la industria humana, hay que convenir en que los sucesores de Don Bosco, dignos discípulos de tan gran maestro, merecen nuestro respeto.

Los Padres Salesianos han desafiado toda clase de peligros para coronar la obra que con tanto éxito han emprendido; ellos han

sufrido toda clase de contratiempos, sin elementos casi de ninguna clase y viviendo puramente de limosna, han recorrido la extensa zona que separa á Bahía Blanca de Junin de los Andes.

Si hoy disponen de palacios como son sus colegios en Bahía Blanca y Viedma; si tienen iglesias que son verdaderas obras de arte, como la recientemente construida por el señor D'Abreu, en Bahía Blanca, como la de Patagones, edificada y decorada por ellos mismos y á más su hermosísima capilla de Viedma; si cuentan con edificios propios en los puntos citados y en Pringles, Conesa, Choele Choel, Roca, Chosmalal y Junin, en donde cientos de indígenas reciben educación, si pueden ostentar con orgullo un bien atendido hospital que alivia la miseria de tantísimos pobres y si sus grandes talleres de carpintería, herrería y toda clase de trabajos mecánicos, hasta la fabricación de ladrillos, son la admiración de propios y extraños, todo lo deben al trabajo, á la constancia y á la unión que existe entre ellos.

Concluiré la presente haciendo mención especial del virtuoso é inteligente prelado que dirige esta institución en la República, Monseñor D. Juan Cagliero, eminente músico, del reverendo padre Garrone, distinguido médico, cirujano y farmacéutico, cuyo sobrenombre de *El curita* se pronuncia con respeto y agradecimiento desde el Atlántico hasta la Cordillera; del padre Agosta, párroco de la localidad y notable pedagogo, de los eximios artistas, arquitectos y pintores, padre Bonacina y Achetto, y de las Hijas de María Auxiliadora, heroínas de la caridad que los acompañan en todas sus glorias y sacrificios. Saluda al señor Director. — *Jacobo*.

Son suficientes los párrafos transcritos para que el lector se dé cuenta de la gran obra de la Congregación Salesiana, que realiza por medio de la religión y del trabajo, incorporando millares de salvajes, y dando á los niños una base de vida honesta en la sociedad.

Sería largo detallar los beneficios que esta Congregación presta á nuestra República.

(*Voz de la Iglesia*, 30 de abril).

Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica — Gerente JOSÉ GAMBINO.

Turin — Tipografía Salesiana.